

Breve historia del anarquismo para dummies en 44 páginas (2020)

René Berthier

28 DE ENERO, 2024
LIBÉRTAME

Breve historia del anarquismo para dummies en 44 páginas (2020).....	1
La Asociación Internacional de Trabajadores.....	3
El Congreso de Saint-Imier.....	5
Ataques.....	8
Huérfanos de la Internacional.....	12
La jornada de 8 horas.....	14
Los anarquistas contra los sindicatos.....	16
El sindicalismo revolucionario.....	19
Apoyo a la Revolución Rusa.....	23
Anarquistas en Rusia.....	25
España.....	28
Después de la Segunda Guerra Mundial.....	31
¿Qué le depara el futuro al movimiento libertario?.....	34

Conclusión.....	40
Notas.....	42

La historia del anarquismo comienza en el siglo XIX con la conjunción de dos acontecimientos:

1. En el plano práctico: la creación, por los trabajadores de Europa y América, de sus primeras organizaciones de resistencia y de lucha.
2. En el plano teórico: la elaboración, por Pierre-Joseph Proudhon, de una ideología obrera que preconiza la separación total del proletariado de la burguesía y del Estado.

Por «conjunción de dos hechos», debemos entender que estos dos hechos se produjeron más o menos al mismo tiempo, sin que uno pueda considerarse la causa del otro.

La Asociación Internacional de Trabajadores

La Asociación Internacional de Trabajadores fue fundada en Londres en 1864 por sindicalistas ingleses y activistas proudhonianos franceses. Los Estados continentales ejercieron una represión sin tregua contra las secciones obreras del continente, enviando a menudo a las tropas a disparar contra los huelguistas, como

ocurrió en Bélgica contra los mineros de Borinage. Lejos de desanimar a los trabajadores, la represión reforzó la Internacional, cuya función era sobre todo organizar la solidaridad obrera más allá de las fronteras, gracias sobre todo a los fondos de socorro. Todavía no se puede hablar de «anarquismo», pero los ingredientes están ahí: los trabajadores deben luchar por su completa emancipación organizándose totalmente libres de cualquier interferencia del Estado y del Capital. El legado de Proudhon, muerto en 1865, también está ahí. Cuando Bakunin se unió a la AIT en 1868, retomó este legado y lo radicalizó. En el seno de la Internacional coexistieron diferentes corrientes, pero pronto surgió la oposición entre los partidarios de dos «proyectos»:

- Los que querían mantener la forma sindical de la Internacional, es decir, una organización que agrupara a los trabajadores en función de su papel en el proceso de producción (Bakunin y sus amigos);
- Los que querían animar a la clase obrera a tomar el poder mediante elecciones y formar partidos políticos nacionales (Marx y sus amigos).

La primera opción condujo a la afirmación de la Internacional como herramienta exclusiva de lucha del proletariado bajo el régimen capitalista, y luego como organizadora de la sociedad en una sociedad liberada de

la explotación. Este papel organizador fue posible gracias a la doble estructura de la Asociación Internacional de Trabajadores: vertical a través de los sindicatos establecidos en las empresas, y geográfica a través de las «secciones centrales» establecidas en el lugar de residencia.

La segunda opción implicaba transformar la Asociación Internacional de Trabajadores en un instrumento político y subordinarla al partido. Marx nunca fue más que el representante de una hipotética federación alemana en la AIT, pero finalmente asumió el control del Consejo General de la AIT (establecido en Londres) y ejerció un poder desproporcionado a su «base obrera», que de hecho no existía, ya que nunca hubo una federación alemana en la Internacional. Al centralismo de Marx, Bakunin y sus camaradas oponían el federalismo, es decir, un sistema de organización basado a la vez en la autonomía de las secciones y en su coordinación, principio que sería aplicado por la Comuna de París en 1871.

Una vez más, no podemos hablar todavía de anarquismo, pero así como los ingredientes teóricos se encontraban en Proudhon, los ingredientes prácticos se encuentran en las descripciones que Bakunin hace del movimiento obrero de su época, descripciones que prefiguran de manera asombrosa lo que iban a ser poco después el sindicalismo revolucionario y el anarcosindicalismo. En el Congreso de la AIT de

Basilea, 7 de septiembre de 1869, el 63% de los delegados se unieron en torno a las tesis de Bakunin, frente a sólo el 31% para Marx. El Congreso de La Haya (septiembre de 1872), en el que Bakunin y James Guillaume fueron expulsados, es un monumento a la falsificación de mandatos y a la manipulación.

El Congreso de Saint-Imier

En respuesta, la Federación del Jura convocó inmediatamente un congreso internacional extraordinario en Saint-Imier (Suiza), al que asistieron todas las federaciones constituidas, en el que se desautorizaron las decisiones de La Haya que habían excluido a Bakunin y James Guillaume. Marx y Engels respondieron excluyendo a todas las federaciones que no aceptaban las decisiones de La Haya: en otras palabras, ¡excluyeron de la I Internacional a todo el movimiento obrero organizado en la Internacional!

En consecuencia, la AIT «marxiana» desapareció de la circulación: en realidad, fueron Marx y sus amigos quienes se separaron. Fue a partir del Congreso Internacional de Saint-Imier cuando empezó a surgir el anarquismo, y la muy reciente Federación Italiana ya se reivindicaba anarquista. El Congreso propuso también la conclusión de un «pacto de amistad, solidaridad y defensa mutua entre las federaciones libres», estableciendo una correspondencia directa y una defensa

conjunta entre ellas, para «la salvación de esta gran unidad de la Internacional». Por último, el Congreso declaró que «la destrucción de todo poder político es el primer deber del proletariado», que «toda organización de un poder político llamado provisional y revolucionario para llevar a cabo esta destrucción no puede ser más que un engaño más y sería tan peligroso para el proletariado como todos los gobiernos existentes en la actualidad» y que «los proletarios de todos los países deben establecer, al margen de toda política burguesa, la solidaridad de la acción revolucionaria».

La constitución de la AIT llamada «antiautoritaria» en Saint-Imier en 1872 no era una AIT nueva, como puede leerse a menudo en las publicaciones burguesas y marxistas, y desgraciadamente también a veces en la literatura anarquista. La AIT «antiautoritaria» era la misma AIT, constituida en un congreso extraordinario que decidió rechazar las decisiones del congreso ordinario anterior y modificó sus estatutos. La rama federalista o «antiautoritaria» de la Primera Internacional estaba fuertemente implantada en Italia, España, Suiza, Bélgica y Francia, con grupos más pequeños en Estados Unidos, Argentina y Uruguay, y más marginalmente en Alemania y los países nórdicos. La AIT «antiautoritaria» sobrevivió unos años más tras el congreso de Saint-Imier, pero en 1878 se decidió no convocar más congresos: habían cambiado mucho las mentalidades, pero también la sociedad de la época.

Fue con el fin de la Asociación Internacional de Trabajadores cuando comenzó la historia del movimiento anarquista como movimiento político específico, pero también fue en ese periodo cuando se estableció la separación entre dos corrientes dentro del movimiento «antiautoritario», una de carácter sindicalista y otra de carácter político, específicamente anarquista: es decir, el sindicalismo revolucionario y el comunismo anarquista. Bakunin siempre había dicho que la Internacional no debía tener un programa obligatorio porque el movimiento obrero internacional no era homogéneo desde el punto de vista de su desarrollo. La imposición de un programa único llevaría inevitablemente a las diferentes corrientes a intentar imponer su propio programa y, en última instancia, a dividirse, momento en el que, decía el revolucionario ruso, habría «tantas Internacionales como programas».

La AIT tenía que centrarse absolutamente en su tarea de unir al proletariado de todos los países en una única organización y poner en práctica la solidaridad internacional. La escisión en el seno del movimiento «antiautoritario» -que existía desde hacía varios años- se concretó en el congreso de Verviers (septiembre de 1877), cuando los que ahora se llamaban claramente anarquistas obligaron a la WIL a adoptar un programa anarquista, haciendo así lo que Bakunin había criticado a Marx por querer hacer. De ser una organización de clase que reclutaba en función del papel de sus

miembros en el proceso de producción, como en los sindicatos, la llamada AIT «antiautoritaria» se había convertido en una organización de afinidad, una organización política, que reclutaba en función del acuerdo sobre un programa.

Ataques

La Asociación Internacional de Trabajadores había desarrollado la idea de la «propaganda por los hechos», pero no se trataba en absoluto de terrorismo o de acciones violentas. La propaganda por el hecho era la propaganda por el ejemplo, a través de iniciativas constructivas: creación de sindicatos, bibliotecas, bolsas de trabajo, escuelas, cooperativas, etc.

Bakunin había preconizado la propaganda por el hecho, pero algunos militantes anarquistas habían interpretado la expresión de manera completamente diferente, en el sentido de acción violenta. Bakunin había preconizado la propaganda por el hecho, pero algunos militantes anarquistas habían interpretado la expresión de manera completamente diferente, en el sentido de acción violenta, y así la expresión se aplicó al período de los atentados anarquistas, un período muy corto, pero que identificó definitivamente el anarquismo con el terrorismo y las bombas.

En primer lugar, se trata del periodo que siguió al aplastamiento de la Comuna de París, que fue seguido

por la ejecución de decenas de miles de comuneros y el envío de otros incontables, incluidos niños, a la colonia penal. Tras la Comuna, el 22 de mayo de 1871, Adolphe Thiers telegrafió a los prefectos de la nueva República Francesa: «El suelo está sembrado de sus cadáveres; este espantoso espectáculo servirá de lección». Tras la instauración de un gobierno que reprimía ferozmente a cualquier persona acusada de pertenecer a la Internacional, siguió un periodo de terror masivo. Fue también un periodo de opresión inimaginable, durante el cual cualquier desafío al orden establecido equivalía a la condena. Era una época de gran miseria para la clase obrera, en la que los patronos y sus secuaces, los ingenieros y capataces, tenían todo el poder y eran totalmente arbitrarios en el lugar de trabajo.

Era una época en la que robar un conejo te costaba ocho años de cárcel. Inevitablemente, una situación tan opresiva provocaba reacciones viscerales: reacciones espontáneas de rabia llevaban a los obreros a defenestrar a un ingeniero, a revolver a un capataz, etc. Para la policía, esos atentados eran muy oportunos porque se achacaban sistemáticamente a los anarquistas. En realidad, los anarquistas no inventaron los atentados, sino que se limitaron a retomar las prácticas espontáneas del proletariado. Por otra parte, si nos fijamos en la cincuentena de atentados registrados en Francia durante el periodo 1881-1914, en los que murieron una veintena de personas, a veces en condiciones atroces, pocos de

ellos pueden atribuirse realmente a los anarquistas. La imbecilidad y el gusto por el patetismo de algunos militantes transformaron a los autores de esos atentados en héroes para los que se escribieron canciones. Y olvidamos que Ravachol no fue juzgado y ejecutado por sus atentados, sino por haber asesinado a un anciano de 90 años en condiciones espantosas. Algunos de estos atentados fueron sorprendentemente amateurs, muchos erraron su objetivo y algunos explotaron con sus propias bombas. Los atentados llamados anarquistas mataron a muchos más obreros inocentes que jueces, patronos o hombres de Estado, pero también mataron a mucha menos gente que el capitalismo y el Estado en la misma época.

Para vengar a Ravachol, el anarquista Meunier detonó una bomba el 25 de abril de 1892 que mató a un tipógrafo y al dueño de un restaurante, ambos murieron horriblemente. Émile Henry llevó a cabo un atentado para vengar a Vaillant. El anarquista argentino Simón Radowitzky fue condenado a 21 años de cárcel por el asesinato de Ramón Lorenzo Falcón, jefe de policía responsable de la masacre de trabajadores durante la manifestación del 1 de mayo organizada por la FORA, y de nuevo en 1923, cuando Kurt Wilckens mató al teniente coronel Varela, responsable del asesinato de 1.500 trabajadores agrícolas en huelga en la Patagonia. Aunque los llamados atentados «anarquistas» estimularon un malsano romanticismo revolucionario en

algunas personas, en realidad molestaron enormemente a la inmensa mayoría de los anarquistas, aquellos que luchaban contra el Capital y el Estado en el lugar de trabajo y en sus barrios. En 1913 se celebró en París un congreso con el objetivo de unificar el movimiento anarquista francés.

Este congreso, totalmente eclipsado por el juicio a la banda Bonnot, que se celebraba al mismo tiempo, se caracterizó por un firme distanciamiento tanto del individualismo como del terrorismo. Las trágicas consecuencias de otros dos atentados son bien conocidas: en 1914, el nacionalista serbio Gavrilo Princip asesinó a tiros al archiduque Francisco Fernando de Austria; en 1933, el militante de ultraizquierda holandés y miembro de la Oposición Obrera de Izquierda (LAO) Marinus van der Lubbe incendió el Reichstag de Berlín. En ambos casos, sería ingenuo creer que si los responsables se hubieran abstenido de estos actos, los acontecimientos que siguieron -la declaración de guerra en 1914 y la llegada de Hitler al poder en 1933- no habrían tenido lugar.

Huérfanos de la Internacional

Cuando desapareció la AIT «antiautoritaria», muchos militantes se encontraron «huérfanos» de la Internacional. Persistieron en sentirse vinculados a la

gran familia socialista y siguieron participando en los congresos socialistas internacionales organizados por los socialdemócratas, algo que la mayoría de los trabajadores socialistas no discutían. Pero en 1891, cuando los anarquistas quisieron participar en los congresos de París y Bruselas, su presencia dio lugar a violentas protestas, y un gran número de delegados obreros ingleses, holandeses e italianos, indignados por este comportamiento, se retiraron. Los socialistas, que aún no se sentían suficientemente fuertes, no votaron ninguna medida sobre la cuestión parlamentaria, pero fue en el congreso de Zurich de 1893 cuando creyeron que se habían salido con la suya, al someter a votación una moción en la que se afirmaba que «todas las cámaras sindicales serán admitidas en el próximo congreso; [así como] los partidos y agrupaciones socialistas que reconozcan la necesidad de la organización obrera y de la acción política». En aquella época, el abismo entre el anarquismo y la socialdemocracia aún no se había ensanchado irremediablemente.

En la Europa de los años 1880, los militantes o los grupos socialistas locales se pasaron con frecuencia al anarquismo, como ocurrió en Francia, Alemania, Inglaterra, Países Bajos e Italia. El debate sobre la conveniencia de participar en la acción electoral fue generalmente el detonante de estos movimientos, por lo que no se trataba de un debate académico entre Bakunin

y Marx, sino de un problema que los militantes se planteaban realmente, a menudo tras haber tenido experiencias concretas al respecto. La resolución socialista de 1893, que exigía a los socialistas «dedicar todos sus esfuerzos» a la acción parlamentaria, convirtiéndola así en obligatoria, marginó a los anarquistas, pero también marginó a una serie de socialistas opuestos al parlamentarismo, así como a aquellos para los que la acción parlamentaria era sólo una opción entre otras, y a los que la habían probado y la habían encontrado poco concluyente.

La ruptura definitiva se produjo en 1896, cuando los anarquistas, expulsados por la puerta en 1893, volvieron por la ventana en 1896, en el Congreso de Londres, como delegados sindicales. De los cuarenta y tres delegados obreros franceses, veinte eran anarquistas notorios, entre ellos Émile Pouget y Fernand Pelloutier... Hicieron falta tres días de batalla, que los socialistas ganaron por poco, para que se aprobara una resolución que excluía de los futuros congresos a cualquier agrupación, incluso corporativa, que no aceptara la necesidad del parlamentarismo. A partir de entonces, las dos corrientes del socialismo se encontrarían en permanente oposición.

La jornada de 8 horas

Aunque la AIT había defendido la reducción de la jornada laboral, las primeras batallas por la jornada de 8 horas tuvieron lugar en Estados Unidos: cientos de miles de trabajadores se declararon en huelga por esta reivindicación en la década de 1880. El 3 de mayo de 1886, una reunión en Chicago fue violentamente dispersada por la policía, con el resultado de muertos y heridos. Cinco anarquistas, varios de los cuales no estaban en la manifestación, son condenados a muerte.

Una gran ola de solidaridad internacional lleva a la instauración del 1 de mayo como día de recuerdo y de lucha obrera. 1906 es testigo de una huelga general en Francia organizada por la CGT a favor de la jornada de ocho horas. El famoso anarquista italiano Malatesta se entusiasmó y acudió a participar en la manifestación, pero se marchó muy decepcionado cuando se dio cuenta de que la jornada de ocho horas no se había conseguido al primer intento. Esta actitud es indicativa del abismo que separaba al sindicalismo revolucionario de una parte del movimiento anarquista, incapaz de ver que una reivindicación de tanta importancia no triunfaba nunca al primer intento. Sin embargo, en muchas empresas, esta huelga tuvo importantes «efectos colaterales», que rara vez se mencionan, en términos de aumentos salariales, pero también de reducciones de jornada. Otro

acontecimiento que confirmó la opinión desfavorable de Malatesta sobre el sindicalismo fue el Congreso Anarquista Internacional de Ámsterdam de 1907, conocido sobre todo por el debate «histórico» entre el joven Pierre Monatte y el veterano Errico Malatesta. Se trataba de saber si la organización sindical era suficiente como organización revolucionaria, si el sindicato era la célula básica de la sociedad futura, o si era fundamentalmente reformista, o incluso si debía ser doblada por una organización anarquista «específica». Malatesta volvió del congreso de Amsterdam con la convicción reforzada de que el sindicalismo era reformista por naturaleza, y fue sin duda después de este congreso cuando Monatte empezó a desvincularse claramente del movimiento anarquista. En realidad, la lectura de las actas del congreso de Amsterdam revela que había otro debate, probablemente tan importante, si no más: ¿debemos organizarnos o no?

Los anarquistas contra los sindicatos

A finales del siglo XIX, muchos anarquistas eran activos en los sindicatos, pero algunos de ellos, sin duda los más «visibles», los que escribían en las publicaciones del movimiento, consideraban que el trabajo de los anarquistas en los sindicatos no era útil, o incluso perjudicial. Otros pensaban que los anarquistas no necesitaban desarrollar una estrategia coherente y

concertada dentro de la organización de masas; lo mejor que podían hacer era utilizar el movimiento sindical como un lugar para la «propaganda anarquista», en resumen, para reclutar. Esta falta de visión global tendría consecuencias dramáticas una década más tarde, tras la Revolución Rusa, porque impediría a los sindicalistas de la CGT y a los anarquistas organizar la resistencia a la penetración bolchevique en la organización sindical. En Francia, al final de la Asociación Internacional de Trabajadores le había seguido una «generación perdida»: durante unos treinta años, el recuerdo de la Internacional Federalista y el de Bakunin se habían desvanecido. Si bien el anarquismo es una doctrina política global cuyo campo de reflexión abarca la sociedad en sus diversas manifestaciones, la revolución, una teoría del conocimiento, etc., algunos anarquistas hicieron de carniceros con la doctrina y la trocearon en salchichas; decidieron extraer un aspecto particular del cuerpo principal de la doctrina y hacer hincapié sólo en un aspecto parcial de la misma.

Mientras que en Proudhon y Bakunin hay una reflexión extremadamente elaborada sobre el individuo, sobre la libertad individual, pero una reflexión ligada a su doctrina general, nosotros creamos un anarquismo-individualismo por derecho propio como vía exclusiva hacia la emancipación. Otros fueron a buscar lo que Bakunin decía sobre la insurrección y declararon: «¡Sólo mediante la insurrección podremos emancipar a

la humanidad! Aunque la actividad insurreccional de Bakunin era innegable -participó en cuatro insurrecciones-, siempre insistió en que era sólo un aspecto de la actividad revolucionaria y que sólo un movimiento de masas del proletariado organizado podía conducir al éxito. Otros decían que sólo a través de la educación podía emanciparse la humanidad, otros el vegetarianismo, el esperantismo, el nudismo, el amor libre, etc. En realidad, el anarquismo, como movimiento emancipador, incluye todos estos «trozos de salchicha»: no puede concebirse sin educar a la clase obrera, sin prever la actividad insurreccional en ciertos casos y bajo ciertas condiciones, sin afirmar con fuerza la necesidad de emancipar al individuo, sin insistir en la igualdad de los sexos, sin excluir la posibilidad de reconsiderar nuestros hábitos alimenticios, sin afirmar la libertad sexual, etc. El anarquismo es todo esto al mismo tiempo. El anarquismo como doctrina se basa en la idea de que la sociedad preexiste al individuo y que es la sociedad la que permite al individuo, en determinadas condiciones, desarrollarse y florecer.

El anarquismo individualista, por el contrario, afirma que el individuo sólo puede florecer contra la sociedad. Es comprensible que una misma doctrina no pueda basarse en dos postulados antagónicos. Sin embargo, se piense lo que se piense de ella, la corriente individualista, que en su mayoría apoyaba a los partidarios de los atentados, existió desde finales del

siglo XIX hasta la Segunda Guerra Mundial, a pesar de sus múltiples formas y de su carácter a menudo huidizo. Los partidarios de esta corriente desempeñaron a menudo un papel muy negativo: participando en atentados, intentando impedir que el movimiento se organizara, contribuyendo a forjar en la opinión pública la imagen de que el anarquismo se reducía al individualismo y a los atentados. Sin embargo, en este movimiento hubo hombres y mujeres que desempeñaron un papel decisivo en ámbitos quizás poco frecuentados por los anarquistas llamados «sociales», en particular en la reivindicación del derecho a la anticoncepción y al aborto, en la lucha antimilitarista, etc., aunque estos campos de acción no fueran dominio exclusivo de los anarquistas individualistas. Hay que decir, sin embargo, que la mayoría de los militantes anarquistas de finales del siglo XIX y principios del XX, los menos «visibles» porque no formaban parte de los consejos de redacción de los periódicos libertarios y porque tenían que ganarse la vida en las fábricas, talleres y oficinas, estaban en primera línea de la lucha de clases en la lucha contra la patronal. Estos militantes no hacían mucho ruido, pero estaban muy presentes, aunque otros anarquistas consideraran negativa su actividad en los sindicatos.

El sindicalismo revolucionario

James Guillaume, compañero de Bakunin, que ahora vivía en París y estaba muy cerca del movimiento sindicalista revolucionario, empezó a publicar textos olvidados de Bakunin en 1903. En 1907 -el movimiento sindicalista revolucionario estaba en pleno apogeo- se publicó *Politique de l'Internationale*, que Bakunin había escrito en 1869. En un primer momento, los anarquistas se muestran entusiasmados porque consideran que este texto demuestra que el sindicalismo revolucionario es el anarquismo en acción. Pero los militantes sindicalistas revolucionarios (entre los que había muchos anarquistas) empezaron a desarrollar la idea de que el sindicato bastaba para todo, lo que significaba claramente que los partidos, pero también los grupos anarquistas, no eran útiles.

Poco a poco, por tanto, los anarquistas llegaron a rechazar los sindicatos, acusándolos de ser intrínsecamente reformistas y criticando a los anarquistas por «perderse» en la acción sindical. Sin embargo, los anarquistas habían desempeñado un papel esencial en los inicios del movimiento sindical. Aunque no habían fundado las bolsas de trabajo, desempeñaron un papel decisivo en su fortalecimiento cuando se constituyeron como federación en 1902 y Fernand Pelloutier asumió su dirección. En 1899, el propio

Pelloutier había lanzado su «Carta a los anarquistas» para animarles a implicarse en el movimiento obrero. Muchos de ellos respondieron a su llamamiento, al menos los que aún no estaban implicados en el movimiento sindical: la CGT de la época incluía a muchos anarquistas anónimos, y aunque Émile Pouget ayudó a crear un sindicato textil en 1879, muchos otros permanecieron olvidados por la historia. Este mismo Émile Pouget se convirtió más tarde en vicesecretario de la CGT. Dignos herederos de Proudhon y Bakunin, los sindicalistas revolucionarios y los anarquistas de la CGT afirmaron la necesidad de organizar al proletariado al margen de la influencia de la burguesía y de los partidos políticos.

Esta independencia del movimiento sindical, que ya había sido proclamada en textos anteriores, fue confirmada en una resolución votada en 1906 en el Congreso de Amiens, conocida como la «Carta de Amiens», cuyo objetivo era contrarrestar las acciones de los socialistas guesdistas que querían aprobar una moción que habría conducido a la subordinación del sindicato al partido. La Carta de Amiens, que fue aprobada por una amplísima mayoría (incluidos los anarquistas), estaba en total continuidad con la Internacional Federalista; afirmaba en sustancia que el sindicato, hoy grupo de resistencia contra la patronal y el Estado, sería mañana el encargado de organizar una sociedad emancipada de la explotación. Sin embargo,

debemos rectificar lo que me parece una interpretación errónea de la Carta de Amiens. Mientras que se la presenta como el texto que expone más claramente los principios del sindicalismo revolucionario, como el texto que marca de alguna manera el apogeo del sindicalismo revolucionario, pienso por el contrario que se trata de un texto de compromiso que las corrientes revolucionarias de la CGT (anarquistas y sindicalistas revolucionarios) se vieron obligadas a aceptar. Por una parte, federaciones enteras controladas por los reformistas se habían unido a la CGT y contribuían a invertir la relación de fuerzas; por otra, gracias al carácter electivo de los mandatos, los representantes electos revolucionarios eran sustituidos progresivamente por 23 reformistas. Por último, una serie de grandes fracasos huelguísticos entre 1907 y 1909 contribuyó al debilitamiento de la corriente sindicalista revolucionaria, que, si bien conservaba aún cierta fuerza, en particular la anarquista, declinaba inexorablemente.

Cuando estalló la guerra en 1914, ya no era posible calificar a la CGT de «sindicalista revolucionaria»: la Carta de Amiens era de hecho un compromiso al que los revolucionarios se vieron obligados a someterse para intentar preservar al menos la noción de independencia sindical, pero también para evitar una escisión con los reformistas. Pero en realidad, cuando leemos los comentarios muy satisfechos de los dirigentes

socialistas sobre el congreso de Amiens, comprendemos que en realidad fue una derrota para los revolucionarios y, a pesar de todo lo que se dijo de ella, el acta que establecía la división del trabajo entre sindicatos y partidos, división a la que siempre se habían opuesto los anarquistas de la CGT y los sindicalistas revolucionarios. Recordemos las palabras del guesdista Victor Renard, que declaró poco después de Amiens que «los anarquistas que predominan en la CGT han aceptado amordazarse a sí mismos».[1]

Otras organizaciones sindicales que aparecieron en el mundo en la misma época adoptaron líneas diferentes: en Argentina, la FORA, y en España la CNT-FAI, eran organizaciones sindicales que tenían como objetivo el comunismo libertario. En Cuba, el movimiento anarquista estaba muy implantado en el movimiento sindical. Los anarquistas cubanos publicaron su primer periódico en 1886; en China, los estudiantes que habían estudiado en Francia difundieron las ideas anarquistas: los libertarios estaban bien implantados en el sur del país y desempeñaron un papel importante en las grandes huelgas de Cantón de 1927.

El movimiento anarquista y anarcosindicalista fue poderoso en Bulgaria, contribuyendo de forma importante a la lucha contra la ocupación turca al insistir en la dimensión social de la emancipación. Hicieron lo mismo durante la Segunda Guerra Mundial: en 1945 imprimían un semanario con una tirada de

30.000 ejemplares. Los anarquistas y anarcosindicalistas chinos, búlgaros y cubanos fueron liquidados por las autoridades comunistas. La IWW (Industrial Workers of the World) también se desarrolló en Estados Unidos, Chile, Sudáfrica y Australia, mientras que en Suecia la SAC, una organización muy minoritaria, luchó contra la hegemonía de la LO reformista.

Apoyo a la Revolución Rusa

La Revolución Rusa fue un acontecimiento de enorme importancia para el movimiento obrero internacional y, en particular, para el movimiento sindicalista libertario y revolucionario, cuyo apoyo entusiasta se basó en lo que los activistas sabían sobre los acontecimientos que se desarrollaban en Rusia, que en aquel momento no era mucho. Muchos militantes pensaban que los soviets eran una especie de bolsa de trabajo y que Lenin era bakuniniano... Así que durante un tiempo hubo cierta confusión, ya que en mayo de 1920 la policía francesa detuvo a los dirigentes de una «Federación Comunista de Soviets» y de un «Partido Comunista», ¡ambos de tendencia anarquista!

Poco a poco, sin embargo, la información se fue filtrando y la realidad del régimen se hizo evidente, para los que querían ver, en cualquier caso. Los anarquistas fueron los que más rápido abrieron los ojos, pero había una profunda división en el movimiento sindical

revolucionario. Por iniciativa del partido bolchevique, se había creado una Internacional Comunista y su homóloga sindical, la Internacional Sindical Roja. ¿Había que apoyarlas?

Una parte de la corriente sindicalista revolucionaria, encabezada por Pierre Monatte, estaba a favor de la adhesión a la Internacional Sindical Roja, mientras que otra parte, encabezada por Pierre Besnard, se oponía.

Esta división fue favorable a los comunistas, que pudieron así hacerse con la dirección de la CGT-U, escisión de la CGT. Para entonces, ya se disponía de información sobre la situación en Rusia, y los sindicalistas revolucionarios que apoyaban la adhesión a la Internacional Sindical Roja lo hacían con pleno conocimiento de causa. En el congreso fundacional de la Internacional Comunista habían participado organizaciones sindicalistas revolucionarias: la FAUD alemana, la CNT-FAI española, la USI italiana, etc. Los delegados de estas organizaciones, conscientes de la represión sufrida por el movimiento obrero y campesino ruso, se negaron a afiliarse. Por ello se decidió crear en 1922 en Berlín una nueva organización internacional en el espíritu de la creada en 1864, que se llamaría también Asociación Internacional de Trabajadores. Se adhirieron trece organizaciones, que representaban a un millón y medio de trabajadores. Las organizaciones que aceptaron adherirse a la Internacional Sindical Roja fueron todas, al cabo de un tiempo, «bolchevizadas»,

controladas por los partidos comunistas que se habían creado. El propio Pierre Monatte, siguiendo la lógica de sus elecciones, se afilió al Partido Comunista Francés, que necesitaba el respaldo de figuras sindicales históricas para atraer a los trabajadores, pero muy pronto fue excluido cuando ya no era necesario. La escisión del movimiento sindical revolucionario entre los partidarios de la Internacional Sindical Roja y sus opositores condujo a la fundación en 1926 de una nueva organización, la CGT-Sindicalista Revolucionaria (CGT-SR) por Pierre Besnard y sus amigos, una de cuyas razones fue el asesinato en 1924 de dos militantes anarcosindicalistas a manos de comunistas en una reunión. La CGT-SR nunca contó con un gran número de afiliados -15.000 en el mejor de los casos-, pero fue muy activa y desempeñó un papel importante en el apoyo a los libertarios españoles durante la guerra civil.

Anarquistas en Rusia

Los anarquistas desempeñaron un papel decisivo durante la revolución rusa, en los soviets, entre los soldados y, sobre todo, en los comités de fábrica. Pero nunca estuvieron suficientemente organizados y unidos para desempeñar un papel dirigente. Además, las divisiones que, en Europa, marcaron la corriente sindicalista del movimiento del 27 y la corriente anarquista comunista, se reprodujeron también en Rusia.

Fue en Rusia donde apareció por primera vez el término «anarcosindicalista».

Entre los marineros de Kronstadt había muchos anarquistas que se oponían a las autoridades bolcheviques, exigiendo libertad de propaganda para todas las organizaciones de izquierda, soviets libres, raciones de comida iguales para bolcheviques y no bolcheviques, etc. La insurrección de Kronstadt fue salvajemente reprimida por las autoridades comunistas. Lo mismo ocurrió en Ucrania, donde hubo dos grandes movimientos insurreccionales: el dirigido por Nestor Makhno, principalmente en el campo, y el de Maryusa Nikiforova, principalmente en las ciudades. Maryusa Nikiforova desempeñó un papel decisivo, como luchadora, en la Revolución y en la guerra civil que la siguió. Con sus apasionados discursos ante un auditorio de más de 10.000 marineros, desempeñó un papel fundamental en la adhesión de los marineros de Kronstadt a la revolución el 3 de julio de 1917. Aunque era más conocida que Makhno en aquella época, fue expurgada de la historia de este periodo tanto por comunistas como por anarquistas, excepto por Makhno, que le rindió homenaje. Nikiforova fue capturada por los blancos y ejecutada, junto con su marido, el 16 de septiembre de 1919.

Los fracasos del movimiento anarquista en Rusia empujaron a los anarquistas rusos y ucranianos a intentar reconsiderar de arriba abajo la teoría, la

organización y la estrategia del movimiento anarquista para adaptarlo al contexto moderno de la época. Voline, que estaba al lado de Makhno, intentó una «síntesis» de las diferentes corrientes del movimiento anarquista, al igual que Sébastien Faure, pero con un espíritu completamente diferente. Makhno y su compañero Archinov elaboraron una «plataforma organizativa» que fue muy mal recibida en Europa occidental, donde se consideró que estaba demasiado inspirada en el bolchevismo. También hay que mencionar el papel decisivo desempeñado por los anarquistas en los movimientos de consejos en Alemania, donde existía la FAUD, una organización con hasta 200.000 miembros; en Italia, donde el sindicalismo revolucionario organizó a 150.000 trabajadores en la USI; y Hungría, donde surgió un importante movimiento de consejos en el que los anarquistas tuvieron una fuerte presencia: el anarquista Gustav Landauer, comisario de educación de la Comuna de Munich, fue asesinado en 1919, poco después que Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht. El poeta Erich Mühsam pasó años en prisión y murió en un campo de concentración en 1934.

España

España era una tierra donde el anarquismo había mantenido una presencia permanente desde la creación de las secciones de la AIT por los bakuninianos,

prácticamente sin interrupción desde 1868 hasta el golpe de Estado fascista de julio de 1936, cuando el movimiento libertario estuvo presente en forma de organización de masas que desempeñó un papel decisivo en la lucha contra Franco. El movimiento obrero revolucionario contaba así con 70 años de experiencia de lucha y organización, y una revolución obrera y campesina respondió al golpe de Estado fascista tomando el control de toda la economía, incluida la agricultura, en las zonas no ocupadas por los fascistas, es decir, la mitad del país. El anarcosindicalismo español representaba a gran parte del proletariado combativo de España, y fueron los grupos de asalto de la CNT y la FAI y, en menor medida, los del POUM, los que frenaron el golpe de Estado fascista de Franco el 19 de julio de 1936, los que tomaron los cuarteles, ocuparon los puntos estratégicos y armaron a la clase obrera.

Fue por iniciativa de la CNT-FAI que se organizó la producción, tanto en la industria como en la agricultura, haciendo posible una lucha de tres años que, al final, se perdió: pero el hecho es que España es el único caso en la historia en el que un proletariado organizado fue capaz de poner fin -aunque temporalmente- al ascenso del fascismo. El anarcosindicalismo español consiguió casi instantáneamente organizar la producción industrial y agraria socializada en las regiones donde se estableció y que no cayeron en manos franquistas,

fundamentalmente: Levante, Cataluña (uno de los principales centros industriales junto con el Noroeste) y Aragón donde, de una población de 433.000 habitantes en la zona republicana, había 200.000 campesinos agrupados en colectividades agrarias. La UGT desempeñó un papel innegable en este proceso, como aliada de la CNT, hasta que cayó bajo control comunista. Los militantes anarcosindicalistas españoles habían recordado constantemente a los obreros y campesinos que un día tendrían que luchar para defender sus intereses y la causa del socialismo, y que para ello debían organizarse en sus sindicatos para tomar el control de la producción.

Y cuando, por razones tácticas y para no romper la «unidad antifascista» que los demás componentes de la República burlaban descaradamente, la dirección del movimiento libertario intentó frenar la colectivización de la economía que la clase obrera y el campesinado habían puesto en marcha, los proletarios españoles supieron no hacer caso de estos mandatos. En España, sólo gracias a que los militantes de la CNT-FAI, a menudo apoyados por los de la UGT, consiguieron organizar rápidamente la producción industrial y agrícola sobre una base colectivista y libertaria, se pudo mantener el esfuerzo bélico durante casi tres años, fueran cuales fueran los avatares militares de esa guerra.

Mientras que en Rusia los bolcheviques fueron incapaces de resolver la contradicción entre el campo y

las ciudades, en España se socializó la mayor parte de la tierra, lo que permitió abastecer a las ciudades. Sin la CNT-FAI, una organización de masas con un millón de afiliados, el fascismo se habría impuesto en toda España en julio de 1936. En aquella época, la afiliación comunista era insignificante. Sin embargo, un examen del contexto internacional de la época resulta más convincente. El ciclo revolucionario que había comenzado con el final de la Primera Guerra Mundial y la Revolución Rusa estaba llegando a su fin en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, y los anarcosindicalistas españoles tenían muchos enemigos a los que enfrentarse, y ningún aliado. Franco, apoyado activamente por Hitler y Mussolini, golpeó al movimiento obrero de lleno en la cara. Pero fue Stalin, el que, por la espalda, hizo todo lo posible para impedir el éxito de una revolución que no controlaba. También desde otro ángulo, fueron golpeados por los demócratas burgueses. También hay que tener en cuenta la neutralidad del Frente Popular francés, que se negó a suministrar las armas que necesitaban los obreros españoles. Por lo tanto, fue un milagro que los obreros y campesinos españoles pudieran resistir durante tres años [2] .

Después de la Segunda Guerra Mundial

La Segunda Guerra Mundial tuvo consecuencias catastróficas para el movimiento libertario. Las organizaciones anarquistas y anarcosindicalistas de los países donde el fascismo había arraigado fueron literalmente exterminadas: España. En todos los países de América Latina donde las dictaduras militares llegaron al poder, los anarquistas y los anarcosindicalistas fueron liquidados o pasaron a la clandestinidad, e innumerables activistas fueron ejecutados, encarcelados, torturados o forzados al exilio.

En los países de Europa del Este, todos los movimientos libertarios desaparecieron con la ocupación soviética, y el anarquismo como fuerza organizada quedó reducido a casi nada; Sin embargo, al igual que tras la Comuna de París, la llama del anarquismo arde bajo las brasas, y pequeños grupos de militantes no cesan de reunirse, publicar, difundir ideas y dar ejemplo con sus prácticas. Los militantes en el exilio mantuvieron el contacto con los de «dentro», es decir, con los que se habían quedado tras la instauración del fascismo o de las dictaduras militares, a pesar de los inevitables conflictos que este tipo de situación engendra. Las direcciones en el exilio reivindicaban la dirección del movimiento interno, mientras que los que permanecían en el país querían ser los únicos en decidir

las estrategias a poner en marcha, continuando obstinadamente la organización clandestina y las luchas.

Este fue particularmente el caso de España: cuando murió Franco, el anarquismo y el anarcosindicalismo reaparecieron, aunque no con la misma fuerza que en los años 30, y se dividieron: hoy en España existe una CNT y una CGT anarcosindicalista, siendo esta última la tercera fuerza sindical del país. En Francia, la posguerra estuvo marcada por grandes convulsiones vinculadas a la reconstrucción del movimiento anarquista: nada más terminar la guerra, se formó una CNT francesa que pretendía ser la continuación de la CGT-SR. En mayo del 68, el movimiento libertario francés se vio relativamente impotente e incapaz de aprovechar el impulso revolucionario: la Fédération Anarchiste sufrió una serie de abandonos, que desembocaron en la creación de la Organisation Révolutionnaire Anarchiste (1967-1976).

En 1974, la ORA forma una nueva tendencia, la Union des travailleurs communistes libertaires (Unión de trabajadores comunistas libertarios). En 1976, la ORA excluye a la UTCL y pasa a denominarse Organisation communiste libertaire (OCL). En 1978, la UTCL se organiza y luego se fusiona con la Organisation Combat anarchiste (OCA). La Fédération anarchiste, que existe desde la guerra, es la organización más estable, aunque también ha sufrido algunas salidas:

en 2002, varios grupos del sur de Francia se separaron para formar la Coordination des groupes anarchistes.

Pero esta organización también ha visto algunas salidas: varios grupos se marcharon en 2015 tras una crisis interna, y la organización perdió su revista, *Infos et analyses libertaires*.³⁴ Poco después de las huelgas de 1968, en un intento de hacer balance de las carencias del movimiento, se creó una organización anarcosindicalista, la *Alliance syndicaliste*, que coordinaba a los militantes libertarios del movimiento sindical. La caída del Muro de Berlín y la implosión de los regímenes comunistas en Europa del Este beneficiaron poco al movimiento libertario, aunque permitieron una increíble expansión de la ideología neoliberal, haciendo caer un manto de plomo sobre las mentes de la gente. Desde los años 90 hemos visto la emergencia de movimientos sociales que han desarrollado prácticas «libertarias»: asambleas, rechazo a los partidos y a las jerarquías sindicales, antiglobalización, etc.

La significativa extensión de los movimientos de protesta organizados de forma «horizontal» y opuestos a su recuperación por los partidos políticos muestra que «cosas reales» están ocurriendo fuera de todas las organizaciones revolucionarias «oficiales». La significativa difusión de movimientos de protesta organizados de manera «horizontal» y opuestos a su recuperación por los partidos políticos, muestra que

«cosas reales» están sucediendo fuera de todas las organizaciones revolucionarias «oficiales», incluidas las anarquistas: el reto para el movimiento anarquista hoy es no perder el tren, como en 1968, y mostrar la validez de sus orientaciones. En marzo de 2015, los desacuerdos ideológicos llevaron a los grupos de Perpiñán, Toulouse, Carcasona y Comminges a seguir su propio camino, dentro de la Organisation Anarchiste, continuando con la publicación de la revista Infos&Analyses Libertaires, que había sido la de la CGA hasta 2015.

Finalmente, en un congreso fundacional celebrado en junio de 2019, Alternative Libertaire (AL) y la Coordination des Groupes Anarchistes (CGA) decidieron fusionarse 35 después de un año de discusiones. Para que conste, Alternative Libertaire fue la sucesora de la Union des Travailleurs Communistes Libertaires, fundada en 1991, y la CGA, fundada en 2002, fue una escisión de la Fédération Anarchiste.

¿Qué le depara el futuro al movimiento libertario?

No cabe duda de que el movimiento libertario no hará la revolución por sí solo y que, si se produce una gran convulsión social, tendrá que contar con la presencia de otras organizaciones, o incluso de otros proyectos políticos, y llegar a compromisos y alianzas. Es posible que la lucha de clases, en las formas que

adopta hoy, dé lugar a formas de lucha y de organización que ya no correspondan a los esquemas a los que estamos acostumbrados (de hecho, este proceso ya ha comenzado en gran medida) y que las luchas del futuro se desarrollen fuera de las organizaciones libertarias «tradicionales» y sin militantes aferrados a esquemas caducos. Los anarquistas creen que la acción militante cotidiana debe ser la prefiguración del modelo de sociedad emancipada que pretenden construir. Su oposición a la actividad electoral no es una oposición metafísica. Escuchan perfectamente los argumentos esgrimidos por la «izquierda radical» para justificar los increíbles esfuerzos dedicados a esta actividad, sin ninguna esperanza de éxito: «darnos a conocer», «hacer oír nuestra voz», «contar con nosotros», etc.

Creemos que estos esfuerzos son inútiles, una pérdida de tiempo y energía, y un factor enorme de desmoralización de los militantes.

Creemos que esta estrategia consiste en legitimar el sistema dominante y su funcionamiento ante personas a las que, por el contrario, hay que demostrar que este sistema y su funcionamiento son un callejón sin salida. Todos los partidos socialistas, al principio de su historia, afirmaban que sólo presentaban candidatos para «hacer propaganda». No sabemos cómo será la revolución de mañana, la revolución que liberará por fin las fuerzas de la sociedad y le permitirá marchar hacia la emancipación. Probablemente no será una revolución en

el sentido habitual de la palabra, sino la consecuencia de una catástrofe ecológica de una magnitud nunca vista, o el resultado de una sucesión de acontecimientos marcados por violentas convulsiones. Quizás nos encontremos ante una revolución que no sea obra de los «productores», a los que nos vemos obligados a reconocer que están encerrados en grilletes sindicales y políticos paralizantes, que tienen poca coherencia interna y que ya ni siquiera poseen la primera de las condiciones definidas por Proudhon para manifestar capacidad política: la autoconciencia.[3]

Quizás nos encontremos ante una revolución de los consumidores cuyo instrumento de lucha no sea una huelga general de los productores, sino un boicot general de los productos. Errico Malatesta decía que «la revolución anarquista que queremos va mucho más allá de los intereses de una clase: se propone la liberación completa de la humanidad, actualmente esclavizada, desde tres puntos de vista: económico, político y social». Creo que el movimiento revolucionario de hoy tiene que entender que tiene que demostrar a las clases medias que tienen interés en una transformación radical de los fundamentos de la sociedad: tiene que integrar un discurso coherente dirigido a las clases medias porque representan una fracción muy importante de la población. Pierre Besnard vio las cosas perfectamente: en *Les syndicats ouvriers et la révolution sociale*, él da

una definición de la clase obrera que incluye de hecho al 75 u 80% de la población:

«...el obrero industrial o de la tierra, el artesano de la ciudad o del campo -trabaje o no con su familia-, el empleado, el funcionario, el capataz, el técnico, el profesor, el erudito, el escritor, el artista, que viven exclusivamente del producto de su trabajo pertenecen a la misma clase: el proletariado [4] .»

Besnard añade que esta observación se aplica también a quienes no quieren ser considerados proletarios: «La desigual recompensa de su esfuerzo, la diferente naturaleza de sus ocupaciones ;La consideración que les conceden sus patronos en algunos casos, la consideración que a veces se deriva de sus propias funciones; la autoridad que a veces se les delega y que ejercen sin control, el abuso que pueden hacer de esta autoridad; la incomprensión total de su papel exacto, su pretensión de estar fuera del marco de su clase y de unirse a la clase contraria, no pueden hacer nada para cambiar su situación social. Asalariados o no, viven del producto de su trabajo, percibiendo una remuneración por su esfuerzo de un patrón, de un tercero o del Estado. Son, siguen siendo y serán siempre proletarios, con todas las sutilezas y trucos del lenguaje

será impotente para cambiar nada en este estado de cosas; y, les guste o no, todos estos trabajadores están llamados a unirse, porque tienen idénticos intereses. «En una carta que escribió a Élisée Reclus poco antes de su muerte, Bakunin esbozaba las perspectivas que se abrían a la clase obrera tras el aplastamiento de la Comuna de París: «Por el momento, la revolución ha vuelto a su lecho», decía, «estamos retrocediendo al período de las evoluciones, es decir, al de las revoluciones subterráneas, invisibles y a menudo incluso insensibles». El viejo revolucionario insinúa así claramente que un ciclo ha terminado, que otro comienza. No se trata de un abrazo repentino al reformismo, es simplemente una constatación.

Y si Bakunin escribe esto a Reclus, no es en vano: en efecto, Reclus afirma que no hay diferencia de naturaleza entre los conceptos de evolución y revolución, sólo una diferencia de ritmo:

«La ciencia no ve ninguna oposición entre estas dos palabras Evolución y Revolución, que se parecen tanto.(...) La Evolución, sinónimo de desarrollo gradual y continuo en las ideas y las costumbres, se presenta como si fuera lo contrario de esa cosa espantosa que es la Revolución, que implica cambios más o menos bruscos en los hechos [5].»

«Puede decirse, pues, que evolución y revolución son los dos actos sucesivos de un mismo fenómeno, la evolución que precede a la revolución, y la revolución que precede a una nueva evolución, madre de futuras revoluciones. ¿Pueden producirse cambios sin que se altere bruscamente el equilibrio de la vida? ¿No debe la revolución seguir a la evolución, del mismo modo que la acción sigue a la voluntad de actuar? [6]

Es en este sentido que Bakunin escribe en su carta a Reclus que «el tiempo de la revolución ha pasado». Se trata de los «espantosos desastres que hemos presenciado y de las terribles derrotas de las que hemos sido víctimas más o menos culpables»; pero también «del pensamiento, la esperanza y la pasión revolucionarias [que] no se encuentran en absoluto en las masas, y cuando faltan, podemos golpearnos el pecho pero no se hará nada». Pero el revolucionario ruso dice algo más en su carta, algo de plena actualidad: los Estados han acumulado una capacidad de reprimir a la clase obrera que supera con creces la capacidad de ésta para resistirla:

«Nunca la reacción internacional de Europa se ha armado tan formidablemente

contra ningún movimiento popular. Ha hecho de la represión una nueva ciencia que se enseña sistemáticamente en las escuelas militares a los tenientes de todos los países «

La lectura de Reclus y Bakunin quizá debería llevarnos a reconsiderar el concepto de «revolución», no para descartarlo, al contrario, sino para enriquecerlo.

Conclusión

La negativa de algunos anarquistas a principios del siglo XX a participar en las luchas de la clase obrera se debía a un grave error de análisis: pensaban que la revolución sería mañana, o al menos pasado mañana: exigir una reducción de la jornada laboral o un aumento de los salarios era, por tanto, inútil, sobre todo porque esas conquistas serían pronto aniquiladas por la patronal. Sólo importaban las iniciativas que conducían directamente a la revolución.

«Las revoluciones sociales de los últimos ciento veinte años se han producido como resultado de guerras (la revolución rusa de febrero de 1917), golpes militares (España en 1936), el debilitamiento del poder estatal (la caída de la URSS), movimientos guerrilleros campesinos

(Cuba y Nicaragua), diversas intervenciones extranjeras, incluida la intervención militar (China), y luchas anticoloniales (Vietnam)». El Grand Soir, «el día en que todos los pobres se unirán», ha sido hasta ahora un sueño apocalíptico. «Esta realidad implica que los libertarios -y todos los revolucionarios del futuro- deben concebir las transformaciones sociales como un proceso, un movimiento en ciernes, una sucesión de acontecimientos, que implica compromisos, pausas y saltos adelante que es importante, en la medida de lo posible, controlar [7].

«Hoy en día, las mejoras en las condiciones de vida son escasas y sabemos que, por primera vez desde el comienzo de la revolución industrial, las generaciones más jóvenes vivirán menos bien, durante menos tiempo y estarán peor alimentadas, cuidadas y alojadas que la generación anterior. Impedir esta terrible regresión es un verdadero objetivo revolucionario, una revolución permanente: «La verdadera práctica revolucionaria no es una insurrección pasajera, sino una revolución permanente que las sociedades y los hombres llevan a cabo para apoderarse de su soberanía «[8].

La reflexión que podemos sacar de la carta de Bakunin a Élisée Reclus es que el movimiento revolucionario actual tiende a ignorar por completo los medios inimaginables de vigilancia, control y poder del Estado.»

La carta de Bakunin a Élisée Reclus sugiere que el movimiento revolucionario actual tiende a ignorar por completo los inimaginables medios de vigilancia, control, manipulación de la población, eliminación de los alborotadores, represión masiva, etc. Esta observación debería llevarnos a comprender cómo debería ser la revolución del mañana: será una revolución en la que una masa muy grande de la población estará organizada, educada, preparada y sabrá qué hacer para tomar el control de la sociedad. Prepararse para una revolución de este tipo llevará décadas, y el movimiento revolucionario tiene que ponerse manos a la obra rápidamente, empezando ahora por todos los espacios en los que los trabajadores y los ciudadanos puedan decidir por sí mismos el rumbo de sus vidas, y ampliando estos espacios sistemáticamente.

Septiembre 2016,
Actualizado noviembre 2019

Notas

[1] «L'anarchosyndicalisme, l'autre socialisme», Jacky Toublet, Prefacio a La Confédération générale du travail de Émile Pouget, Éditions CNT Région parisienne, 1997

[2] Las Brigadas Internacionales tenían una función totalmente simbólica. A la España revolucionaria no le faltaban en absoluto hombres, sino armas

[3] Véase Proudhon, Capacité politique des classes ouvrières (1864). Proudhon definió las tres etapas por las que debía pasar la clase obrera para alcanzar la capacidad política: 1. La toma de conciencia de sí misma, desde el punto de vista de sus relaciones con la sociedad y el Estado, y como ser colectivo distinto de la clase burguesa. 2. Poseer una «idea», una noción «de su propia constitución». 3. La capacidad de «deducir, para la organización de la sociedad, conclusiones prácticas propias». A la última pregunta respondió negativamente: la clase obrera no estaba aún en condiciones de crear la organización que permitiera su emancipación. (Proudhon murió justo cuando se estaba formando la AIT.) En aquel momento, Proudhon pensaba que la clase obrera cumplía la primera y la segunda condición, pero no la tercera. Se puede decir que hoy en día, una gran parte de la clase obrera ni siquiera ha alcanzado la primera etapa.

[4] Quizás convendría hoy atemperar un poco esta definición. Si Johnny Halliday vive del «producto de su trabajo», me sigue costando considerarlo un «proletario».

[5] Élisée Reclus, Evolución y revolución en el ideal anarquista.

[6] Ibid

[7] Jaques Toublet, loc.cit.p. 117

[8] Ibid,p. 118

Sumário

Breve historia del anarquismo para dummies en 44 páginas (2020).....	1
René Berthier.....	1
La Asociación Internacional de Trabajadores.....	2
El Congreso de Saint-Imier.....	3
Ataques.....	5
Huérfanos de la Internacional.....	7
La jornada de 8 horas.....	8
Los anarquistas contra los sindicatos.....	9
El sindicalismo revolucionario...	10

Apoyo a la Revolución Rusa.....	13
Anarquistas en Rusia.....	14
España.....	15
Después de la Segunda Guerra Mundial.....	17
¿Qué le depara el futuro al movimiento libertario?.....	19
Conclusión.....	22
Notas.....	23